

LEYENDA E HISTORIA DE PALOMO, EL CABALLO DE SIMON BOLIVAR

POR: RAMON PALACIO BETTER

Bolívar llega a Santa Rosa de Viterbo a principios de noviembre de 1814. Iba a Tunja a dar cuenta al Congreso. A la sazón reunido en aquella ciudad, de los sucesos prósperos y desgraciados que habían ocurrido durante la última campaña de Venezuela. Su alma estaba acongojada, porque a las desgracias de su patria se unía la mala voluntad de sus amigos. El Libertador hizo su entrada a Santa Rosa en la bestia cansada y no halló medio para remontarla. Mal de su agrado tuvo que esperar un día; pero como al siguiente era poco lo que la mula había reparado sus fuerzas, resolvió desembarazarla de las alforjas y contratar un peón para que las llevara y a la vez le sirviera de guía. El dueño de la posada se le brindó para esta ocupación.

Durante el viaje, Bolívar que iba a paso cansado, traba conversación con el guía. Por qué no quisisteis alquilarme tu yegua? Le dijo.

- Señor, porque podría abortar. -Pero bien, yo te habría dado el valor del potro.
- Ah!, Es que usted no sabe. Ese potro... ese potro...
- Qué? Acaba.
- Es que mi mujer se ha soñado con que ese potro va a servir para un gran General, pero muy grande. Ella dice que lo ha visto en un sueño.
- Y cómo lo pinta? Vamos cuéntame.
- Dice que es chiquito y que no es blanco.

- Malo! Un General tal como se lo ha soñado tu mujer, por fuerza tiene que ser muy grandote y muy blancote.
- Usted se burla; pero sepa usted que a mi mujer nunca le fallan los sueños. Pregunte en el pueblo y lo verá. Cuando señora Casilda lo dice, todo se cumple. En la villa la llaman el oráculo, y aunque el señor Cura le titula la agorera.
- Bolívar guarda silencio.
- Y bien continúa el guía: Usted no cree en sueños?
- Si que creo: he vivido soñando y sigo soñando.
- Y los sueños de usted?
- Se cumplirán!

El guía refería más tarde que los ojos de Bolívar, al pronunciar tales palabras habían brillado con una luz que le infundió miedo. El Presidente del Congreso, doctor Camilo Torres, al saber que se acercaba, le envió un hermoso caballo, lujosamente enjaezado, que Bolívar no quiso aceptar. Antes de recibir ningún presente, le contestó. Yo debo dar cuenta de mi conducta en la misión que se me confió para Venezuela. El guía quedó aturdido y más, cuando horas después el Libertador, al despedirlo, le dijo sonriendo: - A Casilda que me guarde el potro.

Bolívar se presentó en la barra del Congreso y explicó su conducta: no fue juzgada y el Presidente cerró el debate con estas hermosas palabras:

General: vuestra patria no ha muerto mientras exista vuestra espada. Con ella volveréis a rescatarla del dominio de sus opresores. El Congreso Granadino os dará su protección porque está satisfecho de vuestro

proceder. Habéis sido un militar desgraciado, pero sois un grande hombre. Vino después la ocupación de Bogotá, la entrega en la costa del mando de las fuerzas de la Unión; el viaje a Jamaica, la expedición a los Cayos, el regreso a Haití; el viaje a Margarita, la guerra a muerte, el Congreso de Angostura y la campaña sobre Nueva Granada. Bolívar había llegado al pie de la cordillera con la División Anzoategui, compuesta por los batallones Rifles, Bravos de Paez, Barcelona, Albión y los escuadrones del Alto Llano. Santander esperaba en Casanare con la División de Vanguardia.

Un riguroso invierno nunca antes visto parecía contrariar los propósitos de Bolívar, terribles lluvias, caos fuera de madre, pantanos, ríos innavegables, muchas dificultades, para rematar subir la cordillera hasta la nieve perpetua, con soldados sin las vestiduras apropiadas, cargados con armas, municiones, víveres, sobrantes y equipajes. Andaban casi siempre a trote para burlar a Murillo y todo esto para ir a combatir con la Tercera División del ejército expedicionario, compuesto por 2000 hombres bien equipados, bien armados y conocedores del terreno. Por fin aparece Bolívar en los valles de Sogamoso y la Provincia de Tunja se conmueve a su favor. Barreiro le sale al encuentro, a pesar del escarmiento, bastan para arrebatarle sus posiciones. Pero ocurre lo del Pantano de Vargas. Apenas los republicanos habían pasado el pequeño río Sogamoso, se presentaron las tropas realistas. Las de Bolívar tuvieron que tomar algunas alturas que yacían al oriente. El coronel Barreiro dispuso que varios cuerpos de su infantería tomaran las colinas más elevadas que

dominaban la posición de los republicanos.

En efecto, los realistas consiguieron sus designios, después de una resistencia muy vigorosa. Atacando por derechas e izquierdas, envolviendo casi del todo al ejército independiente. Sufría este un fuego horroroso y se había encerrado en una profundidad sin más salida que un desfiladero estrecho. Su destrucción parecía inevitable. Entre tanto los jefes del Ejército rodean al héroe. El se reconcentra un momento para resolver entre tirar por el desfiladero o atacar en las alturas. Una voz lo sacó de su meditación:

Mi general, aquí tiene su potro; se lo manda Casilda.

Bolívar mira con disgusto a aquel hombre que venía a hablarle de cosas fuera del lugar; pero con su memoria para todo, reconoció a su antiguo guía y se acordó del encargo que le había hecho para su mujer. Tomando aquel incidente como un aviso del cielo, exclamó poniéndose en pie, con el acento de la victoria:

- A la carga! A la carga!

Y antes de que le hubieren ensillado aquel lindísimo caballo, Rondón, Infante, Nonato Pérez, Carvajal, Mujica y Mellao a la cabeza de los escuadrones, trepan irresistibles por aquellos cerros y restablecen la batalla. Los realistas fueron desalojados de sus posiciones y se entregaron en Boyaca. Aunque la historia no lo rece, la batalla que libertó a Nueva Granada del poder peninsular fue la del Pantano de Vargas; Boyaca no es su nombre. Cuando Bolívar regresa a Venezuela

después de la ocupación de Bogotá, se detuvo en Santa Rosa y visitó a Casilda. Le dio las gracias por el Palomo. Un precioso animal, blanco como un copo de nieve, firme, eléctrico, mejor tallado que los de la raza persa que de nada le sirvieron a Napoleón en Waterloo.

Señora, le dijo Bolívar al despedirse: No ha tenido usted otro sueño respecto de mí? Sus sueños son vaticinios y yo creo en ellos. Sí, señor, repuso la honrada posadera. Le he visto a usted en mi caballo entrar a las ciudades después de las batallas. Bolívar fue a Carabobo y después entró a Caracas, Bombona y luego a Quito: En Junio preparó a Ayacucho, y entró a Lima y luego a La Paz. El Libertador estimaba a su Palomo blanco como a una parte de su ser. El noble bruto lo reconocía desde lejos, al ruido de sus pasos, al timbre de su voz, relinchaba, ponía en plumero la cola, piafaba, en fin, hacia mil corbetas. Al montarlo temblaba de respeto. En 1826 Bolívar se preparaba para regresar a Colombia, el Mariscal Santa Cruz, como recuerdo de afecto le exigió a Palomo blanco. Bolívar vacila, pero no pudo negárselo. Otro día no más, el caballo estuvo triste..... Murió muy pronto.

Después del Libertador nadie puede envanecerse de haber cruzado la pierna sobre tan fiel caballo blanco.